

# AMAR Y ENSEÑAR A AMAR

---

LA FORMACIÓN DE LA AFECTIVIDAD  
EN LOS CANDIDATOS AL SACERDOCIO

Francisco Javier Insa Gómez (coord.)



# **Amar y enseñar a amar**

La formación de la afectividad  
en los candidatos al sacerdocio

EDICIONES PALABRA  
Madrid

Edición original: *Amare e insegnare ad amare. La formazione dell'affettività nei candidati al sacerdozio*, Edusc, Roma 2019<sup>2</sup>.

© Francisco Javier Insa Gómez (coord.). 2019.

© Ediciones Palabra, S.A., 2019

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 913 507 720 - (34) 913 507 739

[www.palabra.es](http://www.palabra.es)

[palabra@palabra.es](mailto:palabra@palabra.es)

Diseño de la cubierta: Liliana M. Agostinelli

Imagen de portada: Pietro Lorenzetti, *Ultima Cena*, affresco, Basilica inferiore di San Francesco ad Assisi, 1310-1319.

ISBN: 978-84-9061-846-2

Depósito Legal: M. 8.707-2019

Impresión: Gráficas Gohegraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

FRANCISCO JAVIER INSA GÓMEZ (COORD.)

# **Amar y enseñar a amar**

La formación de la afectividad  
en los candidatos al sacerdocio





¿Para qué necesitamos sacerdotes? Los necesitamos simplemente porque necesitamos a Dios. [...]

Tu misión como sacerdote es enseñar a los hombres a amar. Amar el amor y enseñar a amarlo. Pues, de hecho, debemos aprender a amar. El amor no consiste en el primer gran instante de arrebató. El amor consiste precisamente en la paciencia de aceptarse el uno al otro, de llegar a estar internamente cada vez más cerca el uno del otro. El amor, como el Evangelio, no es agua almibarada, no es cómodo, sino que es un gran reto y, en ese sentido, purificación, transformación y curación de nuestra vida, que nos conduce a lo alto.

Enseñar y aprender el amor. Esta es la misión principal de quien habla de Dios. Y eso es lo que más necesitamos, pues si no llegamos a amar de forma correcta, nos alejamos de Dios y de nosotros mismos, y la vida se vuelve oscura y estéril.

J. RATZINGER, *Homilía en el 40º aniversario de sacerdote de Mons. Párroco Franz Niegel* (Unterwossen, 1994), en IDEM, *Enseñar y aprender el amor de Dios*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2016, pp. 277, 279.



# **PRESENTACIÓN**





## LA AFECTIVIDAD HUMANA Y LA CASTIDAD CRISTIANA\*

### UNA NUEVA RELACIÓN CON DIOS

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo» (*Lc* 10, 27). El diálogo de Jesús con el doctor de la Ley remite a dos textos del Pentateuco (cfr. *Dt* 6, 5; *Lv* 19, 18) para sintetizar lo que el hombre debe hacer para alcanzar la vida eterna: *amar* a Dios y *amar* a sus semejantes.

Las narraciones de Mateo y Marcos (cfr. *Mt* 22, 37-39; *Mc* 12, 30-31) son ligeramente distintas de la lucana: en ellas el doctor de la Ley pregunta al Señor cuál es el principal mandamiento. La respuesta de Jesús sigue siendo la misma, porque un amor radical, completo, satisface plenamente todo lo que Dios pide al hombre y a la vez le abre el camino para disfrutar de Él por toda la eternidad.

---

\* FRANCISCO JAVIER INSA GÓMEZ, sacerdote y psiquiatra. Profesor encargado de Bioética y secretario del Centro de Formación Sacerdotal de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (Roma).

La relación con Dios adquiere entonces un sentido que, si bien no es del todo original, contrasta con otras propuestas del judaísmo y de las religiones paganas. En ellas se pone con frecuencia el acento en la adoración, la sumisión, la obediencia... Se remarca la absoluta trascendencia de Dios ante la que la criatura humana solo puede postrarse y reconocer su nimiedad.

El cristiano en realidad está llamado a entrar en una relación amorosa con Dios, revelado por Cristo como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es más, su relación con la Trinidad tiene un carácter específico: es una participación en la relación que tiene el propio Jesucristo con el Padre. En efecto, el bautismo hace al hombre hijo en el Hijo, y mientras más se identifique con Jesús más profundo será su conocimiento, su trato y su amor con el Padre y con el Espíritu Santo, hasta tratar de tú a Tú a cada una de las tres Personas divinas.

¿Pero es posible superar ese abismo que existe entre Dios y la criatura? No, desde un punto de vista meramente humano, pero Dios concede al hombre de manera gratuita la virtud infusa de la caridad, con la que colma esa distancia. El hombre es así renovado por dentro, y lo es sin dejar de ser hombre, porque la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona<sup>1</sup>.

Este amor va permeando toda la vida del hombre, cada una de sus acciones, de manera que pueden

---

<sup>1</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Exposición del «De Trinitate» de Boecio*, q. 2, art. 3, ad 1 (trad. A. García Marqués, J. A. Fernández), EUNSA, Pamplona 1986, p. 115.

convertirse en un culto amoroso a Dios, en un continuo diálogo con la Trinidad.

En este punto podríamos hacernos una pregunta atrevida: ¿tiene Dios derecho a exigirme que le ame, es más, que le ame de una manera tan radical? Sí, por dos motivos.

El primero es que «Él nos amó primero» (1 Jn 4, 19), nos *primerea*, usando el neologismo acuñado por el Papa Francisco<sup>2</sup>. Nosotros solo respondemos, y de manera incompleta, al amor con que Dios se ha adelantado al crearnos, al darnos una familia, unas capacidades, unos talentos... y al disponer una morada que nos espera en el Cielo (cfr. Jn 14, 2-3).

El segundo motivo es que solo en ese amor a Dios encuentra el hombre la satisfacción plena de sus más íntimos anhelos: «nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti»<sup>3</sup>.

Dios no es por tanto un tirano que, no conforme con nuestra sumisión, nos *obliga* a quererle, sino un Padre que nos ama, nos cuida, vela por nosotros y es el único capaz de colmar nuestra necesidad de amar y de ser amados. El doble mandamiento del amor no es un imperativo impuesto desde el exterior, sino la enunciación de aquello que hace feliz al hombre.

---

<sup>2</sup> Cfr., entre muchos ejemplos, FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre de 2013, n. 24.

<sup>3</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, I, 1, 1 (trad. J. Cosgaya), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1994<sup>3</sup>, p. 23.

LA AFECTIVIDAD HUMANA

Toda persona está llamada a amar a Dios, y ha de hacerlo de una manera que es a la vez divina –mediante la virtud teologal de la caridad– y humana. Dentro de esta dimensión humana se encuentra la afectividad: el conjunto de emociones, afectos, sentimientos y pasiones que anidan en el hombre y que Dios pide con radicalidad para sí. Hay que amar a Dios con *todo* eso: «Nosotros no poseemos un corazón para amar a Dios, y otro para querer a las criaturas: este pobre corazón nuestro, de carne, quiere con un cariño humano que, si está unido al amor de Cristo, es también sobrenatural»<sup>4</sup>. Los afectos humanos son algo querido por Dios, incluidos en esa satisfacción divina con que concluye el primer relato de la creación: «Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno» (*Gn* 1, 31).

Nuestra afectividad hace que nos sintamos a gusto en tantas circunstancias agradables de nuestra vida: un rato de conversación en familia o con los amigos, una buena comida, la contemplación de una obra de arte, la realización de un trabajo que nos ilusiona, la conciencia de que vale la pena el esfuerzo para alcanzar una recompensa mayor, un rato de descanso... Todas esas circunstancias se acompañan de un *placer*, que puede ser sensitivo (el goce de la comida) o intelectual (una buena conversación o una buena lectura). El problema viene cuando esas satisfacciones entran en conflicto.

---

<sup>4</sup> SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid 2004<sup>30</sup>, n. 229.

Justo después del relato de la creación, el Génesis nos habla del pecado, añadiendo que, como consecuencia del mismo, el hombre advierte un desorden en sus pasiones. Un claro ejemplo es que Adán experimenta por primera vez la vergüenza, incluso ante el mismo Dios (cfr. *Gn* 3, 10): toma conciencia de que su cuerpo desnudo puede ser visto *con malos ojos*, es decir, de una manera que no respete su dignidad, como un mero objeto con que satisfacer la concupiscencia.

No es que las pasiones se hayan vuelto malas, sino desordenadas: han perdido su jerarquía, cada una tiende a su satisfacción sin tener en cuenta a las demás ni al bien global del hombre. Este puede llegar a obnubilarse y a perder de vista su fin, que nunca ha dejado de ser gozar de Dios por toda la eternidad.

Se entra así en una batalla interior entre los distintos bienes parciales genialmente expresada por san Pablo: «querer el bien está a mi alcance, pero ponerlo por obra no. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (*Rm* 7, 18-19). El Apóstol siente en sí una tensión tal que le hace exclamar: «¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (*Rm* 7, 24). La respuesta que recibe del Señor en otro momento es también un estímulo para nuestra confianza: «te basta mi gracia, porque la fuerza se perfecciona en la flaqueza» (*2 Co* 12, 9). Habitualmente nuestra vida no presentará este dramatismo, pero en el día a día notará el conflicto entre los distintos apetitos.

La ascética cristiana consiste en reconstruir el orden roto por el pecado. El término *ascesis* es de ori-

gen pagano, usado tanto en ámbito civil como religioso para indicar el esfuerzo del alma para abrirse a la sabiduría y acceder a ella<sup>5</sup>. También muchos filósofos paganos, como los estoicos, promovían un estricto control sobre las pasiones, pero en ellos la ascesis tenía fundamentalmente dos funciones: obtener el dominio absoluto sobre las tendencias y conseguir la *apatheia* que insensibiliza contra los afectos (tanto agradables como desagradables), pues pueden dificultar el autocontrol y llevar a la frustración cuando no se satisfacen. Los estoicos decían: «mejor no amar para no sufrir».

La práctica de la virtud cristiana puede tener algún punto en común con estas doctrinas, pero son mayores las diferencias. En primer lugar, el cristiano no debe anular sus afectos; por el contrario, su deseo es donarlos a Dios: amar a Dios «con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente» (Lc 10, 27). Pero nadie puede dar lo que no tiene, y esto implica la necesidad de poseerse enteramente para enteramente entregarse al servicio de Dios.

Es ese amor lo que no supieron descubrir los filósofos paganos y lo que colma completamente todas las necesidades del corazón del hombre. La mera continencia de los estoicos, la vida honesta, puede parecerse externamente a la castidad, pero le falta el alma, que es el amor, y por tanto no puede satisfacer. Dios, por el contrario, no defrauda nunca.

---

<sup>5</sup> Cfr. J. GRIBOMONT, *Ascesis*, en A. Di BERARDINO (ed.), *Encyclopedia of Ancient Christianity*, Vol. 1, InterVarsity Press Academic, Downers Grove (IL) 2014, p. 253.

LA CASTIDAD CRISTIANA

La consecución del orden en las emociones, afectos, sentimientos y pasiones es el objeto de la virtud de la castidad, que a lo largo de estas páginas, al igual que hemos hecho hasta ahora, se entenderá en un sentido mucho más amplio que el mero dominio de la pulsión sexual.

La función de la formación de la afectividad será ayudar a la inteligencia y a la voluntad a conseguir este orden, este dominio, este saber lo que es bueno, desear alcanzarlo y poner los medios oportunos para obtenerlo.

Es cierto que un equilibrio perfecto no podrá alcanzarse completamente en esta vida, donde siempre estaremos sujetos a la concupiscencia. El crecimiento en la virtud de la castidad es más bien un proceso en el que siempre se puede avanzar, y tiene un carácter eminentemente positivo: poseerme para donarme, obrar de acuerdo con mi dignidad de persona y mi vocación, respetar a la persona –a uno mismo y a los demás– en su unidad de alma y cuerpo.

Sería por tanto no ya reductivo sino equivocado limitar la formación de la afectividad a un mero controlar o reprimir ciertas tendencias humanas. Un planteamiento de este tipo no conseguiría personas virtuosas capaces de amar *con todo el corazón*, sino que daría como resultado seres continentales, que quizá se comportarían externamente igual que el casto, pero con la importante diferencia de que les faltaría el alma: el amor como origen y como meta de sus actuaciones.



Este planteamiento puede quizá parecer a primera vista demasiado abstracto y lejano de las luchas y dificultades que se encuentran en el día a día para vivir la castidad. Sin embargo, fácilmente se llega a la conclusión de que esta visión amplia es necesaria para *integrar* la dimensión sexual en el conjunto de la persona humana. Según el Catecismo de la Iglesia Católica, la virtud de la castidad es precisamente una expresión de esa integración<sup>6</sup>.

Pero es cierto que tal visión necesita un complemento, o más bien una explicitación, desde un punto de vista más material y pegado al terreno. La castidad es también amar a Dios con el cuerpo, sabiendo descubrir la imagen de Dios que hay en él –no solo en el alma–, y reconociéndolo como templo de Dios donde habita el Espíritu Santo (cfr. *1 Co* 3, 16). El cuerpo por tanto goza de una gran dignidad que lleva a tratarlo como algo sagrado. Por tanto, el primer mandamiento que el Señor propone a sus seguidores puede ser complementado: amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma... y con todo el cuerpo.

#### LA FORMACIÓN DE LA AFECTIVIDAD EN LOS CANDIDATOS AL SACERDOCIO

Cuanto hemos dicho hasta ahora es aplicable a todas las personas –también a los no cristianos–, cualquiera que sea su género de vida: hombres y mujeres, jóvenes o adultos, solteros o casados, laicos o sacerdotes.

---

<sup>6</sup> Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2337.

La vocación sacerdotal añade algunas características peculiares. La más evidente es, al menos en la Iglesia latina, el celibato: el presbítero está llamado –ha recibido como don que forma parte de su vocación– a vivir su afectividad renunciando al matrimonio. No solo al ejercicio de la función sexual, sino también a compartir un proyecto de vida con una mujer que le acompañe también afectivamente.

El celibato por el Reino de los Cielos (cfr. *Mt*, 19, 12) no significa renunciar a la propia condición sexual ni pretender que se extingan las pasiones y emociones en este ámbito. Por el contrario, requerirá integrar –por seguir empleando el término utilizado en el Catecismo– todas esas reacciones dentro del proyecto vital, de la vocación.

La tercera edición de la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* se hace eco de la necesidad de una adecuada formación de los candidatos al sacerdocio en este ámbito: «En el campo psicológico [la formación] se ocupa de la constitución de una personalidad estable, caracterizada por el equilibrio afectivo, el dominio de sí y una sexualidad bien integrada»<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral. Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, 8 de diciembre de 2016, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2016, n. 94. Para un estudio más completo sobre la dimensión humana de la formación en la nueva *Ratio*, cfr. F. J. INSA GÓMEZ, “L'uomo, il discepolo, il pastore. La formazione umana nella terza edizione della Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis”, *Annales Theologici* 32 (2018) 11-44; las páginas 24-32 se refieren a la formación de la afectividad. Está en fase de publicación una traducción española actualizada: “El hombre, el discípulo, el pastor. La formación humana en la tercera edición de la Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis”, *Toletana* (2019).

Estos tres puntos servirán como guía para discernir si el candidato al sacerdocio –o a ingresar en el seminario– ha alcanzado la «suficiente madurez»<sup>8</sup> que el Código de Derecho Canónico considera condición necesaria para acceder a las Órdenes Sagradas. Este discernimiento estará basado tanto en la observación del comportamiento externo del candidato por parte de los formadores como en la confiada apertura del seminarista en las conversaciones con ellos.

La visión del celibato sacerdotal que emerge de la *Ratio* es eminentemente positiva: se ve no como una carga o un tributo que se ha de pagar, sino como un don de sí mismo que el sacerdote hace a Dios y sobre todo como un don que recibe de Él y que permite amar a Cristo con un corazón indiviso, dedicarse más libremente al servicio a Dios y a los hombres y hacerse más aptos para aceptar en Cristo una paternidad más amplia. Visto así, el celibato no solo no supone menoscabo al adecuado desarrollo del hombre, sino que «desarrolla la madurez de la persona, haciéndola capaz de vivir la realidad del propio cuerpo y de la propia afectividad desde la lógica del don»<sup>9</sup>.

La falta de una adecuada integración, por el contrario, haría desaconsejable proceder a la ordenación: «sería gravemente imprudente admitir al sacramento del Orden a un seminarista que no hubiese madurado una afectividad serena y libre, fiel en la castidad celibataria, a través del ejercicio de las vir-

---

<sup>8</sup> *Código de Derecho Canónico*, c. 1031, §1.

<sup>9</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral*, n. 110.

tudes humanas y sacerdotales, entendida como apertura a la acción de la gracia y no solo como esfuerzo de la voluntad»<sup>10</sup>.

Solo quien tenga una afectividad bien integrada, es decir, quien viva con naturalidad y de acuerdo con la moral cristiana su condición de varón con todo lo que implica (atracción por el sexo femenino, curiosidad, pasiones que en ocasiones se despiertan con más fuerza, etc.) estará en condiciones de asumir los compromisos del celibato. Dicho con otras palabras: quien ha alcanzado el dominio de sí mismo, sin dejarse arrastrar por las pasiones, puede entregar a Dios el ejercicio de su sexualidad, mientras que difícilmente podrá hacer una donación total quien no ha conseguido ese señorío.

Se busca así el bien del propio candidato –y por tanto del futuro sacerdote–, pues una decisión precipitada le llevaría a asumir unos compromisos que, en sus condiciones psíquicas y afectivas actuales, podría no estar en condiciones de vivir, lo que podría hacer su entrega onerosa y poner en peligro la fidelidad al carisma recibido. Por otra parte, el bien de los fieles exige que los pastores tengan no solo una sólida formación doctrinal, sino también una adecuada madurez interior<sup>11</sup>.

Aunque a lo largo del libro se desarrollarán con más detalle, parece oportuno señalar brevemente los medios que la *Ratio* señala para la formación de la afectividad y para favorecer la progresiva maduración

---

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> Cfr. *Ibidem*, n. 41.

humana de los candidatos al sacerdocio. El documento destaca el acompañamiento personal por parte de los formadores<sup>12</sup>, la dirección espiritual –considerada «un instrumento privilegiado para el crecimiento integral de la persona»<sup>13</sup>–, la vida de oración y la gracia obtenida en los sacramentos (Eucaristía y penitencia). Por último, se señala que en algunos casos será recomendable el recurso a especialistas en salud mental<sup>14</sup>, tema que también será abordado en estas páginas.

#### CONTENIDO DEL LIBRO

Entre el 5 y el 9 de febrero de 2018 tuvo lugar en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (Roma) la V Semana de Estudio para Formadores de Seminarios, con el título *Enseñar y aprender a amar. La afectividad humana y la castidad cristiana*. Casi un centenar de sacerdotes procedentes de 17 países se reunieron en la Ciudad Eterna para reflexionar sobre este aspecto de la formación de los candidatos al sacerdocio desde diversos puntos de vista (teológico, filosófico, pastoral y psicológico). Tanto en las ponencias como en el diálogo entre los participantes surgieron ideas y planteamientos útiles para presentar la virtud de la castidad de un modo más gozoso, integrado, lleno de significado, paternal y apostólicamente eficaz en la vida del candidato al sacerdocio.

---

<sup>12</sup> Cfr. *Ibidem*, nn. 44-49.

<sup>13</sup> *Ibidem*, n. 107.

<sup>14</sup> Cfr. *Ibidem*, n. 63.

El presente libro recoge algunas de las conferencias que se impartieron en aquella ocasión y quiere ser una ayuda para que los diversos protagonistas de la dirección de los seminarios puedan ayudar a los candidatos a crecer humana y espiritualmente en su camino de configuración con Cristo, Buen Pastor. Pensamos además que la mayor parte de estas sugerencias son también aplicables a quienes ya han recibido la ordenación y a los jóvenes que buscan ayuda para llevar una vida auténticamente cristiana.

Las ponencias han sido agrupadas en tres partes que vertebran el libro: una primera filosófico-teológica, una segunda psicológica y una tercera que podríamos llamar existencial, que muestra el fruto de una vida casta en la entrega de uno mismo a los demás.

*La virtud cristiana de la castidad:  
cuestiones teológicas y antropológicas*

La primera sección presenta las bases teológicas y antropológicas de la castidad, entendida como una virtud necesaria para el crecimiento en la vida de relación con Dios, para el desarrollo armónico de la personalidad y para lograr una sana relación con los demás hombres. Se verá por tanto como una virtud alegre, positiva y siempre abierta al crecimiento.

El libro se inicia con la reflexión de S.E.R. Mons. José María Yanguas (obispo de Cuenca, España) sobre la relación de la castidad con las tres virtudes teologales. La exposición parte de la vida nueva en Cristo que el cristiano comienza con el bautismo: una nueva forma de ser que implica un nuevo modo de actuar. De ahí se deduce la necesidad de una vida moral que

le permita actuar como otro Cristo. La castidad, sin ser la más importante de las virtudes, es necesaria para dejarse arrastrar por el amor de Dios, para que la inteligencia se abra a la luz de la fe y para que el hombre ponga su esperanza en los bienes espirituales.

Julio Diéguez (profesor de Teología Moral en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz) presenta la castidad desde la perspectiva de la virtud cardinal de la templanza. Una formación que asuma este enfoque no debería centrarse en evitar ciertos comportamientos o en adecuar la conducta a unas normas; se trataría más bien de educar la misma inclinación, de manera que se llegue a experimentar una connaturalidad, también afectiva, con el bien. El capítulo concluye desarrollando los medios que pueden ayudar a crecer en esta virtud, agrupados en los que corresponde poner al propio sujeto y los que se pueden facilitar en el seminario.

Por último, Paul O'Callaghan (profesor de Antropología Teológica en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz) destaca la necesidad que tiene toda persona de saberse querida como condición para poder querer a los demás. Para facilitar una donación a los otros eficaz, sacrificada, perseverante y generosa propone una *dinámica de la gratificación diferida*, que consiste en respetar los tiempos del amor sin buscar la satisfacción inmediata de los deseos y exigencias. Desarrolla su tesis en seis puntos prácticos que pueden servir para la formación de los seminaristas.

### *La perspectiva psicológica*

Las ciencias humanas, y concretamente la medicina y la psicología, pueden ser de gran utilidad en la

labor de formación. Estas disciplinas ayudan a comprender tanto el funcionamiento normal de la psique humana como las causas y el tratamiento de las diversas enfermedades mentales, así como las medidas que se pueden tomar en la labor de formación para fomentar un desarrollo sano de la personalidad, que es la mejor prevención contra estas patologías. Por otra parte, estas ciencias nos ofrecen instrumentos para el discernimiento vocacional de quienes se plantean una posible llamada al sacerdocio.

Esta sección comienza con el capítulo de Wenceslao Vial (profesor de Psicología y vida espiritual en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz y médico), que realiza un breve recorrido por la psicopatología, deteniéndose en algunos cuadros que podrían encontrarse con más frecuencia entre los seminaristas: los trastornos de personalidad, los trastornos afectivos y el síndrome del *burnout*. En su exposición destaca algunas señales que pueden servir de alarma y ayudar al diagnóstico precoz.

Francisco Insa (profesor de Bioética en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz y psiquiatra) estudia dos tipos específicos de personalidad: la dependiente y la obsesivo-perfeccionista. Para sus reflexiones parte de la *teoría del apego*, desarrollada por el psicólogo americano John Bowlby, que da una base para entender el origen de estos rasgos de la personalidad. Finalmente, ofrece orientaciones prácticas que pueden ayudar en la labor de formación de los candidatos que presenten estas características.

Los tristes casos de abuso a menores por parte de algunos eclesiásticos son abordados por Hans Zoll-



ner (decano del Instituto de Psicología y presidente del Centro para la Protección de Menores de la Universidad Pontificia Gregoriana). Destaca que la protección de los menores no es una incómoda tarea añadida al *verdadero* trabajo pastoral como consecuencia de esos lamentables episodios, sino que forma parte de la misión propia de la Iglesia. Señala cuatro ámbitos de trabajo en este campo: la atención a las víctimas, una actitud de apertura y transparencia, el compromiso en la prevención y una dinámica de formación y actualización permanente de los presbíteros.

Partiendo de su amplia experiencia profesional, Carlos Chiclana (psiquiatra y profesor de Psicopatología en la Universidad San Pablo CEU de Madrid) presenta algunos criterios clínicos para detectar que un individuo ha perdido el control sobre su conducta sexual porque esta ha pasado a ser patológica (especialmente, pero no de manera exclusiva, por el uso de pornografía *on-line*). Tras señalar algunos factores predisponentes subraya las condiciones que deberían llevar al formador a comprender que es necesario recurrir a un profesional de salud mental. Finalmente, añade algunas indicaciones prácticas para ayudar a las personas con estos problemas.

*El desarrollo de una verdadera fraternidad  
y paternidad cristiana*

El libro concluye describiendo el fruto de una afectividad madura: la capacidad de darse a los demás, ya sea viviendo una enriquecedora amistad con una gran variedad de personas –especialmente la fra-

ternidad con el resto de los seminaristas y luego con los demás sacerdotes– o bien en la labor pastoral que se realizará después de la ordenación.

El celibato sacerdotal, como pone en evidencia Maurizio Faggioni (profesor de Teología Moral Sistemática en la Academia Alfonsiana y médico endocrinólogo), implica una forma peculiar de vivir la afectividad, pero por el hecho de la ordenación el sacerdote no pierde la necesidad de establecer relaciones profundas donde compartir la propia intimidad. La amistad se muestra como un lugar privilegiado donde satisfacer esta necesidad, tanto mediante la fraternidad con los que comparten una misma vocación como en el trato con hombres y mujeres de toda condición. Desarrolla el concepto de *amistad espiritual*, que es aquel afecto verdaderamente sólido y profundo que ayuda a los amigos a responder cada vez mejor a la propia llamada.

Por último, S.E.R. Mons. Massimo Camisasca (obispo de Reggio Emilia-Guastalla) enlaza con el capítulo inicial y pone en relación la castidad del cristiano con la llamada a identificarse con Jesucristo, concretamente en su relación de amor con el Padre y en su mirada amorosa hacia los hombres. Esta forma de vida facilita el desarrollo de una madurez también humana y habilita al sacerdote para ejercer la paternidad espiritual con sus fieles, generando a Jesucristo en el corazón y en la vida de los hombres.

\* \* \*

Esperamos que este libro sirva a los responsables de la formación en los seminarios en su tarea de ayudar a los candidatos a amar a Dios y a los demás con un corazón entero y limpio. De esta manera los nuevos sacerdotes podrán enseñar –desde su propia experiencia– a las personas que buscarán su guía espiritual; unos y otros crecerán así de manera serena y progresiva en su amor a Dios y a los hombres.

Nos atrevemos a decir que son ya muchos los que han encontrado en este libro un recurso útil para su labor. Así deducimos de la buena acogida que ha recibido la versión original italiana (*Amare e insegnare ad amare. La formazione dell'affettività nei candidati al sacerdozio*, Edusc, Roma 2018), que acaba de ver la segunda edición, y del hecho de que está ya en curso la traducción al portugués (Cultor de Livros, São Paulo).

Para concluir esta presentación, quisiera agradecer a tantas personas que han hecho posible que el libro vea la luz, especialmente al resto de miembros del Comité Directivo del Centro de Formación Sacerdotal de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz, profesores Paul O'Callaghan, Manuel Belda y Miguel de Salis.

# ÍNDICE

## PRESENTACIÓN

<b>LA AFECTIVIDAD HUMANA Y LA CASTIDAD CRISTIANA, por FRANCISCO JAVIER INSA GÓMEZ</b>	
UNA NUEVA RELACIÓN CON DIOS.....	9
LA AFECTIVIDAD HUMANA.....	12
LA CASTIDAD CRISTIANA.....	15
LA FORMACIÓN DE LA AFECTIVIDAD EN LOS CANDIDATOS AL SACERDOCIO.....	16
CONTENIDO DEL LIBRO .....	20

## PRIMERA PARTE

### **LA VIRTUD CRISTIANA DE LA CASTIDAD: CUESTIONES TEOLÓGICAS Y ANTROPOLÓGICAS**

<b>I. ASPECTOS TEOLÓGICOS DE LA CASTIDAD CRISTIANA: DEJAR CRECER LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD, por S.E.R. MONS. JOSÉ MARÍA YANGUAS</b>	
1. INTRODUCCIÓN.....	29
2. JESUCRISTO EN EL CENTRO DE LA FE Y DE LA VIDA CRISTIANA .....	30
3. CARIDAD Y CASTIDAD.....	37
4. FE Y CASTIDAD .....	49
5. ESPERANZA Y CASTIDAD.....	55
6. CONCLUSIÓN.....	59
<b>II. LA FORMACIÓN EN LA FORTALEZA Y LA TEMPLANZA, por JULIO DIÉGUEZ</b>	
1. INTRODUCCIÓN.....	61
2. ALGUNAS IDEAS SOBRE LA FORMACIÓN EN LA CASTIDAD .	64

## ÍNDICE

a) <i>Formar la inclinación</i> .....	65
b) <i>Formar es integrar</i> .....	66
c) <i>Es una virtud</i> .....	69
d) <i>Crear un mundo, un clima interior</i> .....	72
3. LOS MEDIOS.....	74
a) <i>Medios personales directos</i> .....	75
b) <i>Medios personales indirectos</i> .....	78
c) <i>Medios institucionales</i> .....	80
4. CONCLUSIÓN.....	81

### III. QUERER SER QUERIDO. LA AVENTURA DE EDUCAR Y GOZAR DEL AMOR,

por PAUL O'CALLAGHAN

1. QUERER Y SER QUERIDO.....	83
2. ALGUNAS DIFICULTADES.....	84
3. LA CLAVE DEL AMOR.....	86
4. UNA DINÁMICA DE GRATIFICACIÓN DIFERIDA.....	88
5. EDUCAR PARA DISFRUTAR LA AVENTURA DEL AMOR .....	90

## SEGUNDA PARTE

### LA PERSPECTIVA PSICOLÓGICA

#### I. PERSONALIDAD, NEUROSIS Y *BURNOUT*,

por WENCESLAO VIAL

1. INTRODUCCIÓN.....	101
2. TRASTORNOS DE PERSONALIDAD .....	103
3. ANSIEDAD Y DEPRESIÓN .....	107
a) <i>Ansiedad</i> .....	108
b) <i>Depresión</i> .....	111
4. ENFERMEDADES DEL DON DE SÍ Y SÍNDROME DE BURNOUT.....	114
5. CONCLUSIÓN.....	117

## ÍNDICE

### II. DEPENDENCIA AFECTIVA Y PERFECCIONISMO: UNA PROPUESTA A PARTIR DE LA TEORÍA DEL APEGO, por FRANCISCO JAVIER INSA GÓMEZ

1. INTRODUCCIÓN: EL SÍNTOMA NEURÓTICO .....	119
2. EL ORIGEN DE LA INSEGURIDAD SEGÚN LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA: EL APEGO .....	121
a) <i>La teoría del apego de John Bowlby</i> .....	121
b) <i>El apego desde la infancia a la edad adulta</i> .....	124
3. LA PERSONALIDAD DEPENDIENTE.....	128
a) <i>Aspectos generales</i> .....	128
b) <i>Algunas orientaciones para los formadores</i> .....	133
4. LA PERSONALIDAD OBSESIVO-PERFECCIONISTA.....	136
a) <i>Aspectos generales</i> .....	136
b) <i>Algunas orientaciones para los formadores</i> .....	140
5. CONCLUSIÓN.....	144

### III. «¿CUÁNDO PODREMOS POR FIN VOLVER A NUESTRO VERDADERO TRABAJO?». SER SACERDOTE ANTE EL ESCÁNDALO DE LOS ABUSOS, por HANS ZOLLNER

1. ALGUNAS SITUACIONES ACTUALES.....	145
2. ALGO HA OCURRIDO.....	146
3. CUATRO ÁMBITOS DE TRABAJO .....	147
a) <i>Ámbito 1: Atención a las víctimas</i> .....	147
b) <i>Ámbito 2: Apertura y transparencia</i> .....	149
c) <i>Ámbito 3: Compromiso para la prevención</i> .....	150
d) <i>Ámbito 4: Medidas para la formación y la actualización</i> ...	150
4. REFLEXIONES FINALES .....	152

### IV. ABORDAJE INTEGRAL DE LA CONDUCTA SEXUAL FUERA DE CONTROL, por CARLOS CHICLANA

1. INTRODUCCIÓN.....	155
2. PONER NOMBRE A LO QUE ESTÁ OCURRIENDO.....	161

## ÍNDICE

3. ¿QUÉ FACTORES PUEDEN ESTAR INFLUYENDO EN EL ORIGEN Y DESARROLLO DE ESTAS CONDUCTAS? ....	169
4. RELACIÓN DE ESTAS CONDUCTAS CON PATOLOGÍAS MENTALES Y PROBLEMAS PSICOLÓGICOS.....	176
5. ¿CÓMO ATENDER A ALGUIEN CON ESTAS DIFICULTADES? .	180
ANEXO 1. BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA.....	187
ANEXO 2. CUESTIONARIO DE ADICCIÓN AL SEXO A TRAVÉS DE INTERNET (ISST) .....	191
ANEXO 3. CUESTIONARIO DE CONDUCTA HIPERSEXUAL .....	193
ANEXO 4. PREGUNTAS PARA LA EXPLORACIÓN EXPLÍCITA DEL COMPORTAMIENTO SEXUAL .....	196

### TERCERA PARTE

## EL DESARROLLO DE UNA VERDADERA FRATERNIDAD Y PATERNIDAD CRISTIANA

### I. EL VALOR DE LA AMISTAD

EN LA VIDA CÉLIBE, por MAURIZIO P. FAGGIONI

1. LA MADUREZ AFECTIVA DEL PRESBITERO .....	201
2. CARACTERÍSTICAS DE LA AMISTAD .....	207
3. AMISTAD Y FRATERNIDAD.....	213
4. LAS AMISTADES PARTICULARES .....	219
5. LA AMISTAD CON LOS LAICOS Y CON LAS MUJERES .....	227
6. CONCLUSIÓN: EL EJEMPLO DE JESÚS .....	233

### II. LA PATERNIDAD CRISTIANA, FRUTO MADURO DE UNA VIDA CASTA,

por S.E.R. MONS. MASSIMO CAMISASCA

1. INTRODUCCIÓN .....	235
2. LA MADUREZ AFECTIVA DE JESÚS .....	236
3. DE LA MADUREZ AFECTIVA A LA PATERNIDAD.....	241
a) <i>Madurez afectiva con uno mismo</i> .....	241
b) <i>Llamados a ser padres en la Iglesia</i> .....	244
4. CONCLUSIÓN.....	250